

Tratado sobre el Purgatorio

CAPÍTULO I. El estado de las almas que están en el Purgatorio; cómo están, exentas de todo amor propio

Esta alma consagrada se encontró a sí misma, estando aún encarnada, colocada por el ardiente amor de Dios, en el Purgatorio, que la quemaba, limpiando en ella todo lo que necesitaba ser limpiado, hasta que al dejar esta vida pudiera ella presentarse a la vista de Dios, su amado Amor.

Por medio de este fuego amoroso, ella comprendió en su propia alma el estado de las almas de los fieles que van al Purgatorio al purgar su suciedad y manchas de pecado, que no pudieron expiar durante sus vidas.

Y desde esta Alma, colocada por el ardiente fuego divino en este amoroso Purgatorio, se unió a ese amor divino con todos, y comprendió el estado de las almas que están en el Purgatorio. Y ella dijo:

Las almas que están en el Purgatorio no pueden, comprendo, elegir sino estar ahí, esto es por orden divina para hacer justicia. Ellos no pueden cambiar sus pensamientos sobre sí mismos ni decir: "Por haber cometido tales pecados merezco estar aquí", ni "no los he cometido, y entonces tengo que estar en el Paraíso", ni "ese se irá más pronto que yo", ni "yo me iré antes que él". Ellos no tienen memoria ni sobre sí mismos ni sobre otros, ni lo bueno o lo malo, de ahí que ellos sufran un dolor mayor del que ordinariamente sufrirían. Tan felices están de encontrarse dentro de la voluntad divina, y de que Él pueda hacer todo lo que le place, como le place que sufran este dolor sin pensar en sí mismas, ven solamente la obra de la bondad divina, que conduce al hombre a su misericordia, para no tener que recaer. No pueden ver que están penando por causa de sus pecados, esa visión no puede mantenerse en sus mentes, debido a que estarían en una imperfección activa, en donde ningún pecado actual puede haber.

Solo una vez, al dejar el mundo, pueden ver la causa del Purgatorio, pero no la volverán a tener. Ellos ya no pueden tener voluntad ni deseos salvo la voluntad de la caridad. Estando en el fuego del Purgatorio ellos están dentro de la ordenanza divina, que es pura compasión y nadie puede apartarse de ello porque ha sido privado del poder del pecado, del mérito y del demérito.

CAPÍTULO II. En qué consiste el disfrute de las almas del Purgatorio. Una comparación podría mostrar cómo ellas ven cada vez más a Dios. Es difícil verbalizar ese estado.

Creo que ninguna felicidad puede hallarse valiosa al ser comparada con ese estado de las almas del Purgatorio, exceptuando el de los santos en el Paraíso; y es una

felicidad que crece día tras día al fluir Dios dentro de esas almas, más y más, a medida que se consumen los obstáculos puestos a Su entrada. Las manchas de pecado van siendo consumidas, y el fuego elimina la suciedad más y más hasta que las almas se abren al influjo de la Divinidad. Un objeto que estuviese cubierto, no podría recibir los rayos del sol, pero no por un defecto del sol, el cual brilla siempre, sino por causa de que la cobertura pone un obstáculo; se quita éste y, entonces, se abre al sol; cada vez más el obstáculo es consumido, y entonces, más y más recibe los rayos del sol.

Esta es la forma en que las manchas del pecado cubren a las almas, y en el Purgatorio esas manchas son quemadas. Cuanto más sean consumidas, mayor es el acercamiento de las almas a Dios, su verdadero sol. La suciedad del pecado decrece y el alma se abre al rayo divino, crece así la felicidad, hasta que se cumple el plazo necesario para ello.

El dolor no disminuye hasta entonces. Y en cuanto a la voluntad, nunca pueden decir las almas que el dolor es dolor, pues están contenidas en la ordenanza divina, con la cual, en pura caridad, su voluntad está unida.

Pero, por otro lado, ellas soportan un dolor tan extremo, que ninguna lengua lo podría describir, ni mente comprender si Dios por medio de su gracia especial no nos lo mostrara. Eso tampoco puede verbalizarse. La visión que tuve, la revelación que Dios me hizo nunca abandonó mi mente, y yo contaré lo que pueda sobre ello. Comprenderán aquellos cuya mente Dios se ha dignado abrir.

CAPÍTULO III. La separación de Dios es el principal castigo del Purgatorio. Pero éste es diferente del Infierno.

Todas las penas del Purgatorio se relacionan con el pecado original y el actual. Dios creó al alma pura, simple y limpia de toda mancha de pecado, con un cierto instinto beatífico hacia Él desde el pecado original, que el alma encuentra en sí misma, quita de sí, y cuando agrega otros pecados a ese original se aleja más y más de Dios.

No puede haber ningún bien salvo por la participación de Dios, que va al encuentro de las necesidades de sus criaturas irracionales como quiere y ha ordenado, no fallándoles nunca, y responde al alma racional en la medida en que la encuentra limpia y sin el obstáculo de pecados. Por consiguiente, cuando un alma se acerca al estado puro y claro en que fue creada, su instinto beatífico se descubre a sí mismo y crece sin cesar, tan impetuosamente hasta el final que cualquier obstáculo le parece a esta alma algo del pasado. Y cuanto más ve, más extremo es su dolor.

Debido a que las almas en el Purgatorio no sienten culpa de pecado, no hay obstáculo entre ellas y Dios, excepto su dolor, que las lleva hacia atrás y así no pueden alcanzar la perfección. Ven claramente la gravedad de cada obstáculo en su camino, y ven también que su instinto es obstaculizado por una necesidad de justicia: de ahí nace un rugiente fuego, como el del infierno, pero carente de culpabilidad. La culpa es lo que las hace condenadas en el infierno, en donde Dios no concede Su Bondad, y por eso permanecen allí, en desesperada mala voluntad, opuesta a la voluntad de Dios.

CAPÍTULO IV. Acerca del estado de las almas en el Infierno y su diferencia con las que se hallan en el Purgatorio. Reflexiones de la santa sobre aquellos que descuidan su salvación.

Es manifiesto que hay perversidad en la voluntad contraria a la voluntad de Dios,

donde la culpa es conocida y la mala voluntad persiste; y es que la culpa de aquellos que han pasado de esta vida al Infierno, no es remitida. No puede serlo, dado que ya no hay cambio de voluntad; en el pasaje al otro mundo el bien o el mal se estabilizó en concordancia con su deliberada voluntad. Como se ha escrito: "Ubi te invenero", es en la hora de la muerte que prevalece la voluntad de pecar, o el arrepentimiento, "Ibi te iudicabo". Según se incline la balanza hacia un lado u otro, después no hay remisión, según se me ha mostrado.

Después de la muerte el libre albedrío ya no puede retornar, pues la voluntad ha quedado fijada en el momento de la muerte. Y, dado que las almas en el Infierno han tenido en el momento de la muerte la voluntad hacia el pecado, deben soportar la culpa a través de la eternidad, sin mérito por sus penas, solo soportarlas, sin final.

En cambio, las almas del Purgatorio solo soportan el dolor, no ya la culpa, por haberse arrepentido de los pecados en el momento de la muerte, y de sus ofensas a la bondad divina.

Por lo tanto, su dolor es finito, y su tiempo se va acortando, como ha sido dicho.

¡Oh, miseria más allá de toda miseria, tan grande que la ceguera humana no puede verla!

El dolor del condenado no es infinito en cantidad debido a que la bondad de Dios arroja su rayo de misericordia aún en el Infierno. Porque el hombre que muere en pecado merecería pena infinita por un tiempo infinito, mas la misericordia de Dios le ha puesto infinitud solo al tiempo. En justicia, Dios podría haber dado al hombre más pena.

¡Oh! Cuán peligroso es el pecado cometido con malicia. Sin arrepentimiento, el hombre soportará la culpa mientras persevere y desee pecar nuevamente.

CAPÍTULO V. De la paz y disfrute que hay en el Purgatorio.

Las almas en el Purgatorio tienen la voluntad, los deseos, en concordancia con la Voluntad de Dios, Quien arroja sobre ellos Su bondad, y ellos, hasta donde pueden, son felices y se limpian de todos sus pecados. En cuanto a la culpa, estas almas llegan a estar limpias como lo estaban cuando Dios las creó. Dios perdona sus culpas inmediatamente al dejar este mundo si ha habido confesión de los pecados y arrepentimiento o voluntad de no cometerlos más. Solo las manchas que han dejado los pecados es lo que deberá limpiarse mediante el fuego. Y una vez limpias de toda culpa y unidas ala voluntad de Dios, ellas ven con claridad el grado en el cual Él se les revela y ven cuán importante es disfrutarlo a Él, y que estas almas han sido creadas para este fin.

Además, son llevadas a unirse con Dios y movidas hacia Él en tal sabiduría, con Su natural instinto hacia las almas funcionando en ellas, que ni argumentos ni figuras ni ejemplos podrían hacerlo claro cuando la mente conoce esto por medio de su sentimiento interno y lo comprende.

Deseo, no obstante, hacer una comparación que viene a mi mente.

CAPÍTULO VI. Una comparación para mostrar con qué empuje y qué amor las almas en el Purgatorio desean disfrutar a Dios.

Si en todo el mundo no hubiera más que un pedazo de pan para saciar el hambre de todas las criaturas, y si ellas se vieran satisfechas sólo por verlo; entonces el hombre, si fuera saludable con instinto para comer, si ni comiera ni enfermara ni muriera, su hambre crecería incesantemente porque su instinto de comer no disminuiría.

Sabiendo que sólo había ese pedazo de pan para satisfacerlo, y que aún estará hambriento, él caerá en un insoportable dolor. Tanto más si se acercara al pan y no pudiera verlo, su anhelo se reforzaría, su instinto se fijaría en ese deseo completamente. Si él estuviera seguro de no volver a verlo, estaría en el Infierno. Así pasa con las almas de los condenados que no tienen esperanza de ver su pan, que es Dios, el verdadero Salvador, que les ha sido quitado. Pero las almas en el Purgatorio tienen la esperanza de ver ese pan y se sienten satisfechas con ello. Por eso, sufren hambre, y soportan la pena que hará posible satisfacerlas con el pan que es Jesucristo, verdadero Dios, Salvador y nuestro Amor.

CAPÍTULO VII. Sobre la admirable Sabiduría de Dios al hacer el Purgatorio y el Infierno.

Como el espíritu purificado y limpio solo puede encontrar descanso en Dios, pues con ese fin ha sido creado, no hay otro lugar para un alma en pecado que el Infierno, y así fue ordenado por Dios. Cuando el alma deja el cuerpo en pecado mortal, en el instante en que cuerpo y espíritu se separan, el alma busca el lugar que le corresponde, sin ninguna guía excepto sus propios pecados. Y si en este momento el alma no estuviera atada por ninguna ordenanza procedencia de la justicia de Dios, iría aún a un infierno mayor que aquel donde Dios le ha dado menor pena de la que realmente merece. El alma, que no encuentra lugar donde ir, manteniendo el mal en ella, termina encontrando por ordenanza divina en el Infierno su propio lugar.

Pero retornando a nuestra cuestión, el Purgatorio, allí va el alma al separarse del cuerpo, cuando ya no está limpia como ha sido creada. Viendo por sí misma este impedimento, sólo por medio del Purgatorio puede limpiarse, y ella se ubica allí voluntariamente. No hay una orden que así haga que suceda, y lo haría, aunque en ese momento hubiera para ella un Infierno peor que el Purgatorio, porque ve que a causa de tal impedimento, no puede acercarse a Dios, que es su objetivo. Y tanto le importa ello, que en comparación el Purgatorio no cuenta en absoluto, aunque sea como el Infierno, comparado con conseguir a Dios, ello aparece como casi nada.

CAPÍTULO VIII. Sobre la necesidad del Purgatorio, y cuán terrible es.

Cuando veo a Dios, no veo ninguna puerta que impida entrar al Paraíso y, como él es todo misericordioso, desea que entremos allí. Él está ante nosotros con los brazos abiertos para recibirnos en Su Gloria. Pero, bien veo, la esencia divina es de tal pureza, mucho mayor de lo que pudiera imaginarse, que un alma con la más mínima imperfección, mejor sería que ella misma se arrojara a mil infiernos, antes que verse manchada en presencia de la Majestad Divina. Así pues, el alma, comprendiendo que el Purgatorio ha sido hecho con el fin de eliminar tales manchas, ella misma va allí y encuentra que ha sido tratada con misericordia al permitírsele eliminar el impedimento constituido por las manchas del pecado.

No hay lenguaje que pueda explicar, ni mente que pueda comprender la seriedad de esta cuestión acerca del Purgatorio.

Mas yo, aunque veo que hay un Purgatorio tan penoso como el Infierno, veo también que el alma con la menor mancha de pecado acepta el Purgatorio, como he dicho, como una merced y aún le parece poco comparado con el impedimento que implica.

Me parece que el dolor de las almas en el Purgatorio por haber disgustado a Dios, esto es, lo que ellas voluntariamente hicieron contra Su gran bondad, es mayor que cualquier pena que puedan sentir en el Purgatorio, y por ello que ven, por su gracia, la verdad y la gravedad de los obstáculos que les impide acercarse más a Dios.

CAPÍTULO IX. De cómo Dios y las almas en el Purgatorio se miran mutuamente. La santa entiende que su descripción no expresa cabalmente este asunto.

Todas las cosas que tengo en mente, hasta donde en esta vida me ha sido posible comprenderlas, cuando las comparo con lo que he dicho, se extreman en grandeza. Aparte de ellas, todas las visiones, sonidos, justicia y verdades de este mundo me parecen mentiras o parecen nada. Me he sentido confundida por no poder encontrar palabras que expresen suficientemente todas estas cosas.

Percibo que debe haber conformidad entre Dios y las almas cuando Él las ve en la pureza con que su Divina Majestad las ha creado. El les da un ardiente amor que las acerca a Él mismo, el cual es lo suficientemente fuerte como para destruirlas, aunque inmortales, y las transforma hasta que Él las ve como si no fueran nada más que Él mismo. Incesantemente las va acercando con el fuego, nunca se aparta hasta que llegan al estado óptimo de total pureza con la cual las creó.

Cuando con su visión interna las almas se ven así, llevadas por Dios con ese fuego amoroso, fundidas en ese centelleante amor por Dios, su más querido Señor, se sienten inundadas por ese amor; y ven que esa luz divina no cesa de llevarlos amorosamente hacia Él, con gran cuidado y previsión a ser plena perfección de Su puro Amor.

Pero el alma, obstruida por el pecado, no puede ir más que hasta donde Dios la lleva hacia Sí Mismo. Nuevamente, el alma se da cuenta de que no puede trasponer, o avanzar hacia esa luz unitiva todo lo que quisiera, y clama por ser destrabada.

Yo digo que es la visión de estas cosas lo que logra en las almas el dolor que sienten en el Purgatorio, y es imposible describirlo, es el más grande, y ya no pueden volver a verse a sí mismas yendo contra la voluntad de Dios, cuyo amor por ellas ven tan claramente dentro de este fuego.

Intensa e incesantemente este amor lleva a las almas a esta unidad como si ninguna otra cosa pudiera hacerse. Si pudiera el alma que comprendió, encontrar un peor Purgatorio donde librarse más pronto de los obstáculos de su camino, rápidamente se arrojaría allí, guiada por el amor entre ella y Dios.

CAPÍTULO X. De cómo Dios utiliza el Purgatorio para hacer al alma íntegramente pura. El alma adquiere ahí una pureza tan grande que estaría bien para ella permanecer allí aún después de purgada de pecado, y ya no tuviera que sufrir.

Veo, además, ciertos rayos de luz emanando del amor divino hacia las almas y penetrándolas tan fuertemente que parecería destruir no solo el cuerpo sino el alma; esos rayos pueden cumplir dos funciones. La primera, purificación; la segunda, destrucción.

Miren el oro, cuanto más se lo funde, mejor se vuelve. Ustedes podrían fundirlo hasta que desaparezca toda imperfección. Así actúa el fuego sobre las cosas materiales. El alma no puede ser destruida en tanto está en Dios, pero en sí misma, como tal, sí puede ser destruida; cuanto más purificada, más se destruye en sí misma hasta que al final es pura en Dios.

Cuando el oro ha sido purificado hasta 24 quilates, ya no puede ser consumido por el fuego, porque no es el oro sino las impurezas lo que el fuego consume. Así funciona el fuego divino con las almas. Dios mantiene a las almas en el fuego hasta llegar a la perfección, igual que el ejemplo de los 24 quilates; cada alma según el grado de imperfección que trae. Y, cuando el alma ya está por completo con Dios y nada de egoísmo queda en ella, pues Él la ha limpiado para llevarla hacia Sí Mismo, ya el alma no sufre, no hay más pena. El fuego de amor divino es como la vida eterna, y en ningún caso, contrario a ella.

CAPÍTULO XI. Sobre el deseo de las almas en el Purgatorio de ser completamente lavadas de sus pecados. La sabiduría de Dios en ocultar, de pronto, sus faltas a estas almas.

El alma fue creada en total capacidad de alcanzar la perfección, siempre y cuando viva como Dios ha ordenado hacerlo, sin cometer pecados. Mas, habiendo ya fallado en el pecado original, pierde sus dones, sus gracias, y muere no pudiendo resurgir salvo por intermedio de Dios mismo.

Cuando Dios, por medio del bautismo, la rescata de la muerte y del mal, se conduce al pecado actual solamente, a menos que se resista, y entonces cae en la muerte otra vez. Entonces Dios, por otra gracia especial, la levanta nuevamente, aún cuando permanezca tan hostil y auto-centrada que todas las tareas divinas a las que me he referido se necesitan para llevarla al estado prístino en que Dios la creó; sin ellos, difícilmente retorne a ese estado.

Cuando el alma se encuentra a sí misma en el camino a ese estado primario, se necesita para la transformación un fuego como el Purgatorio. En realidad, es ese instinto o tendencia irrefrenable hacia Dios, lo que hace al Purgatorio.

Un último acto de amor hace Dios por el hombre sin su ayuda. Hay tantas imperfecciones escondidas en el alma que, si pudiéramos verlas, viviríamos en la desesperación. Pero en el estado al que me he referido, todas esas imperfecciones son eliminadas, y sólo entonces Dios se muestra, y les enseña el funcionamiento de esto para que vean cómo el fuego del amor, por bondad divina, está quemando, eliminando todas las imperfecciones.

CAPÍTULO XII. De cómo el sufrimiento en el Purgatorio va acoplado a la alegría.

Sé que lo que el hombre considera perfección en él, a la vida de Dios no lo es, porque todas las cosas que un hombre hace, lo que ve, lo que siente, o desea, o recuerda, no puede tener un perfecto parecido porque el hombre hace sus cosas para él, cuando deberían ser hechas para Dios y con Él, y no principalmente por el hombre.

Nos referimos al trabajo divino que funciona en nosotros, como un amor limpiador, que solo a Dios pertenece y no es mérito nuestro, y tan penetrante en el alma que el fuego parece envolver al cuerpo en una hoguera...

Es cierto que el amor por Dios llena el alma hasta rebasar y le da, así lo veo, una felicidad indescriptible, felicidad que va junto con el dolor en el Purgatorio. Es el amor en estas almas que se encuentran obstruidas lo que causa en ellas el dolor, y así, cuando mayor es el alma que tienen, más grande es su dolor.

Para que las almas en el Purgatorio disfruten la mayor felicidad en el Purgatorio debe haber también un gran dolor, uno no va sin el otro.

CAPÍTULO XIII. Las almas en el purgatorio ya no están en condiciones de hacer méritos. Cómo ven estas almas la caridad hacia ellas en el mundo.

Si las almas en el Purgatorio pudieran purgarse a sí mismas por medio de la contrición, pagarían toda su deuda en un instante de tal vehemencia que quemarían todo lo que las separa de Dios. Pero nada les será ahorrado ni abreviado, en lo que hace a ellas mismas, pues eso ha sido determinado por la justicia de Dios. Tanto en lo que hace a ellas mismas cuanto a lo que Dios hace, ellas no pueden elegir, sólo prevalece la voluntad de Dios; porque así se ha decidido para ellas.

Y si alguna caridad es hecha por aquellos que están en el mundo, para disminuir su tiempo de dolor, las almas no pueden cambiar las cosas, pues está la balanza de la justicia divina; dejan todo en manos de Dios y su infinita Bondad. Si pudieran volverse para contemplar las caridades como si estuvieran dentro de la voluntad divina, habría egoísmo en ello, y perderían de vista la voluntad de Dios, lo cual les acreditaría el Infierno. Por lo tanto, ellas aguardan imperturbablemente lo que Dios quiera darles, sea placer, felicidad o dolor, y nunca ya vuelven la mirada hacia atrás.

CAPÍTULO XIV. Sobre la sumisión de las almas del Purgatorio a la voluntad de Dios.

Tal es la intimidad con Dios en el Purgatorio, y tan cambiadas están las almas, tornadas hacia Su Voluntad, que en todas las cosas hay sumisión a la orden divina. Aún cuando un alma fuera traída ante Dios cuando todavía algo aunque sea nimio le falta purgar, se le haría un gran daño; venir manchada a la presencia de Dios sería un sufrimiento mayor que diez Purgatorios. Ver a Dios cuando el tiempo aún no ha llegado, aunque sea por un período tan corto como un pestañeo, sería intolerable para esa alma. Se echaría ella misma a miles de infiernos, para quitar esa pequeña suciedad que no ha sido eliminada, antes que permanecer así en la presencia divina.

CAPÍTULO XV. Reproches que las almas del Purgatorio hacen a la gente del mundo.

Y entonces la bendita alma, viendo las cosas mencionadas por la luz divina, dijo: "Querría lanzar un lamento tan fuerte que diera miedo a todos los hombres en la tierra. Yo les diría: 'Desgraciados, ¿por qué ustedes se permiten deslumbrarse así por el mundo, ustedes cuyas necesidades son tan grandes y dolorosas, como sabrán en el momento de su muerte, y que no hacen ninguna previsión en absoluto para ésta?'

"Ustedes tienen todo el resguardo tomado bajo la esperanza en la misericordia de Dios que es, como ustedes dicen, muy grande, pero ustedes no ven que esta gran bondad de Dios los juzgará por haber ido contra la voluntad de tan buen Señor. Su bondad debe llevarlos a hacer toda Su Voluntad, no darles esperanzas en hacer mal las cosas, porque Su justicia no puede fallar y de una manera u otra deben satisfacerse las necesidades.

"Dejen de abrazarse, diciendo: 'Yo confesaré mis pecados y entonces recibiré la indulgencia plenaria, y en ese momento me purgaré de todos mis pecados y así me salvaré'. Piensen en la confesión y la contrición necesarias para esa indulgencia plenaria, que vienen aparejadas. Si ustedes supieran, temblaría de gran miedo, más seguros de que nunca la ganaron que de que alguna vez lo hicieron".

CAPÍTULO XVI. Las almas mostraron nuevamente cómo los sufrimientos de las almas en el Purgatorio no son obstáculo en absoluto para su paz y alegría.

Veo a las almas que sufren los dolores del Purgatorio tener ante sus ojos dos trabajos de Dios:

Primero, ellas se ven sufriendo dolor de buena gana, y cuando consideran sus propios desiertos y reconocen cómo han afligido a Dios, les parece que Él les ha tenido una gran misericordia, porque si Su bondad no hubiera templado la justicia con la misericordia, satisfaciendo la misma con la preciosa sangre de Jesucristo, un pecado merecería mil infiernos perpetuos. Y por consiguiente las almas sufren el dolor de buena gana, y no lo dejarían por nada, sabiendo que ellas lo merecen totalmente y que esto ha sido bien ordenado, y no se quejan de Dios, sino aceptan su voluntad.

El segundo trabajo que ven es la felicidad que sienten cuando contemplan la ordenanza de Dios y el amor y misericordia con que Él trabaja en el alma.

En un instante Dios imprime estas dos visiones en sus mentes, y porque ellas están en la gracia son conscientes de estas visiones y las entienden como son, en la medida de su capacidad. Así una gran felicidad se les concede que nunca les falta; más bien crece cuando tienen a Dios más cerca. Estas almas no ven estas imágenes en sí mismas sino en Dios, en Quien están mucho más interesadas que en los dolores que sufren, y de Quien tienen mucho tan gran beneficio que pierde toda comparación con sus dolores. Cada destello que pueden tenerse de Dios cualquier dolor o alegría que un hombre puede sentir es excedido. Sin embargo, aunque excede el dolor y la alegría de estas almas, no los disminuye en absoluto.

CAPÍTULO XVII. Ella concluye aplicando todo lo que ha dicho de las almas en el Purgatorio a lo que ella siente, y ha probado en su propia alma.

Esta forma de purgación que yo veo en las almas en el Purgatorio, las siento en mi propia mente. En los últimos dos años he sentido la mayoría; todos los días las veo y siento más claramente. Veo mi alma dentro de este cuerpo como en un purgatorio, formada como es el verdadero Purgatorio, pero tan medido que el cuerpo puede soportarlo y no puede morir.

Veo a mi espíritu extrañado de todas las cosas, incluso de las cosas espirituales, que pueden alimentarlo como la alegría, deleite y consuelo, y sin poder para disfrutar algo, espiritual o temporal, por voluntad o mente o memoria, que me permita decir que una cosa me contenta más que otra.

Interiormente me encuentro como si estuviera sitiada. Todas las cosas por las cuales la vida espiritual o corporal es refrescada han sido, poco a poco, tomadas de mi interior, que sabe que se han ido. Pero tan odiosas y detestables son estas cosas, como son conocidas por el espíritu, que se han ido para nunca más volver. Esto es debido al instinto del espíritu a librarse de cualquier cosa que impida su perfección; así de duro es él para cumplir su propósito de guiarse a cualquier lugar menos ser lanzado al Infierno. Por consiguiente alguna vez priva al hombre interno de todo aquello en lo que puede alimentarse, sitiándolo tan hábilmente que no permite el menor átomo de paso de imperfección inadvertido.

En cuanto a mi exterior, éste también, desde que el espíritu no responde a él, está tan sitiado que no encuentra nada que lo refresque en la tierra si sigue su instinto

humano. Ningún consuelo le queda excepto Dios que hace todo esto por amor y muy misericordiosamente en la satisfacción de Su justicia. Percibir esto da a mi naturaleza exterior gran paz y felicidad, pero felicidad que nada disminuye mi dolor ni debilita el sitio. Ya ningún dolor podría infligirse en mi vida tan grande que yo deseara escapar de la ordenanza divina. No dejo mi prisión ni la busco: ¡permiso a Dios hacer lo necesario! Mi felicidad es que Dios se satisfaga, ni yo podría sufrir un peor dolor que el de huir fuera de la ordenanza de Dios, así de justo lo veo y así de misericordioso.

Todas estas cosas de las que he hablado son lo que yo veo, pero no puedo encontrar las palabras para decir tanto cuanto podría del tema. Ni yo puedo decir exactamente lo que he contado del trabajo hecho en mí debidamente, qué he sentido espiritualmente. Sin embargo lo he contado.

La prisión en que parezco estar es este mundo, mis cadenas el cuerpo, y es mi alma iluminada por la gracia que sabe la gravedad de sujetarse o mantenerse lejos impedida de seguir su fin. Esto da gran dolor a mi alma pero por su bien. Por la gracia de Dios recibe una cierta dignidad que la hace ir hacia Dios; no, más bien Él le permite compartir Su bondad para que se vuelva uno con Él. Y como que es imposible que Dios sufra dolor, esta inmunidad ocurre a las almas que se acercan a Él también; cuanto más se acercan a Él, más comparten de lo que es Suyo.

Por consiguiente estar en este camino, como es, causa el alma un dolor insufrible. El dolor y las trabas la arrebatan de su primer estado natural que por la gracia se revela a ella, y encontrándose privada de lo que puede recibir, sufre un dolor más grande según la medida de su estima por Dios. Cuanto más el alma conoce Dios, más lo estima y más pura se vuelve, y así los estorbos hacia Él le parecen más terribles que nunca, sobre todo porque el alma que está desembarazada y totalmente recogida en Dios lo conoce como Él es de verdad.

Como el hombre que permitiría que le maten antes de ofender a Dios siente la muerte y su dolor, pero se da por la luz de Dios un celo que le hace valorar el honor divino antes que la muerte corporal, para el alma que sabe la ordenanza de Dios la valora sobre todos los posibles tormentos internos y exteriores, aunque puedan ser terribles, porque esto es un trabajo de Dios que supera todo lo que pueda ser sentido o imaginado. Es más, cuando Dios ocupa un alma, aunque sea en un grado pequeño, la mantiene totalmente ocupada en Su Majestad para que nada más cuente para ella. Así pierde todo lo que le es propio, y no puede por sí misma ver ni hablar sin conocer pérdida o dolor. Pero, como ya he dicho claramente, sabe todo en un instante cuando deja esta vida.

Finalmente y como conclusión, debemos entender que Dios es mejor y más grande causa que todo lo que el hombre ha de perder, y que el Purgatorio lo que hace es limpiarnos.